

# Literateca

## Libros, lectores y bibliotecas, infinitos espacios de libertad

Pedro Luis Ibáñez Lérída

Delegado en Sevilla de la ACE (Asociación Colegial de Escritores de España)

Escritor. Poeta. Articulista, crítico y comentarista literario.

Como haces de luces providenciales, los libros y las bibliotecas son faros que, en oscura y tempestuosa noche marina, emiten la señal esperanzadora de su emplazamiento hacia donde tomar rumbo cierto.

**LAS LLAMAS NUNCA DEVORARON LOS LIBROS.** El carácter ignífugo de la literatura se halla en el pensamiento del ser humano donde libertad y creación son alfaguara incesante. En la cerrazón más despiadada y represiva no dejaron de circular las ideas que los libros albergaron, y cuando éstos fueron considerados amenaza –y por ende sus destinatarios, los lectores-, a pesar de los intentos de cremación de su soporte en papel, su espíritu permaneció indeleble. La consideración de la lectura como actividad peligrosa por parte de los gobiernos totalitarios, les ha llevado a ejercer un férreo control sobre títulos y autores. Pretensión inútil. En esas condiciones los lectores se convirtieron en libros de carne y hueso. Cada libro era objeto de culto, custodia y testigo que se entregaba clandestinamente. Esta patología obsesiva y maniaca, fruto del perfil primitivo y embrionario de sus ejecutores, se ha mantenido como postulado autárquico

en la línea del tiempo. La Inquisición con el índice de libros prohibidos, las quemadas de libros por los nazis, el hostigamiento y persecución estaliniano, la censura y secuestros franquistas, los atentados islamistas, las represiones castrotristas, las prohibiciones de Videla y Pinochet, son solo un brevísimo apunte del horror y la barbarie. Y, sin embargo, -y a pesar del contrasentido- ensalzan el valor de los libros y la lectura como elementos del engranaje que acciona el juicio crítico, robustece la libertad personal y favorece la opinión propia.



***<< La consideración de la lectura como actividad peligrosa por parte de los gobiernos totalitarios, les ha llevado a ejercer un férreo control sobre títulos y autores. Pretensión inútil. En esas condiciones los lectores se convirtieron en libros de carne y hueso. Cada libro era objeto de culto, custodia y testigo que se entregaba clandestinamente. Esta patología obsesiva y maniaca, fruto del perfil primitivo y embrionario de sus ejecutores, se ha mantenido como postulado autárquico en la línea del tiempo >>***

En este año 2016 se conmemora el 400 aniversario del fallecimiento del creador de la novela contemporánea ya en el siglo XVII. Miguel de Cervantes aún en el siglo XX fue objeto de persecución. En 1986 el general Pinochet prohibió la lec-



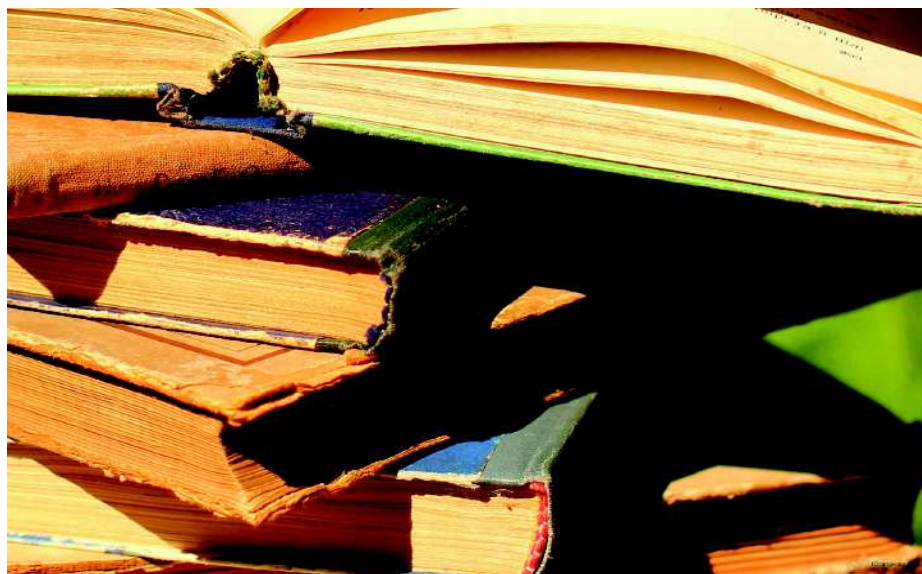
tura del Quijote en Chile. Consideraba una amenaza la defensa de la libertad que esgrimía esta obra editada tres siglos antes de la dictadura que presidía.

### LA TEMPERATURA A LA QUE ARDEN LOS LIBROS

es la de Fahrenheit 451 pero la conciencia que en ellos habita siempre tendrá de su lado a tantos Guy Montag como lectores acepten el desafío de salvarlos de las llamas. Es decir, del olvido y la invisibilidad. En cada lectura se acrecienta el palpito de aproximarnos a la memoria colectiva, a ese aljibe donde reposa la literatura y en la que confluye la universalidad del hombre. Frescura intacta de historias, emociones, sentimientos, viajes, sueños, miserias, grandezas. Ese recorrido intemporal donde los autores dejaron constancia del hecho humano en sus diversas y complejas relaciones consigo mismo y con la realidad del contexto histórico y social en el que alumbraron su palabra. Y finalmente contenida en volúmenes que se alinean en los anaqueles de las bibliotecas con soporte en papel o en el formato electrónico. Esta última con una cualidad significativa. La capacidad de aumentar el tamaño de la letra en la mágica pantalla y facilitar la lectura a quienes a pesar de su edad y la pérdida progresiva de visión mantienen su amor por la lectura.

**LEER PARA EXPRESAR EL MUNDO DEL DERECHO Y DEL REVÉS.** Como un palíndromo. Ese género de textos legibles de izquierda a derecha y viceversa, “átale, demoníaco Caín o me

delata” que es volver a revolver para encontrarse una y otra vez en el principio o, tal vez, en el final que escribiera Julio Cortázar en el diario de Alina, perteneciente al cuento Lejana de su obra Bestiario. En la lectura redescubrimos el



eco de la humanidad que la oralidad extendió como Big Bang del lenguaje. Esa gran explosión que agudizó la quiebra entre el primate y el hombre para erigir su raciocinio y trascender espiritualmente. Este cúmulo de saber y acontecer ha tenido en las bibliotecas refugio y amparo tras esa larga travesía. Los libros se asemejan al flujo migratorio que incontenible atraviesa las fronteras culturales y políticas

de países y continentes en el ansia de encontrar su lugar en el mundo. Por más que se trate de blindar los accesos siempre encuentran resquicios por donde pasar al otro lado. Ese otro lado donde el entendimiento fragua el pasaporte de ciudadano del mundo. Los libros son salvoconductos que, como en el caso Miguel Strogoff, recorren infinitamente las 5200 veredas que

les separa de su destino. Cada uno de ellos es el correo de la lectura en busca de su destinatario, el lector.

**LA DECADENCIA DEL LIBRO SERÍA UNA FORMA DE ESCLAVITUD.** La reflexión de

Emilio Lledó apela a la resistencia activa desde la exhortación. La salud de los libros no tiene por qué asociarse a las ventas mercantiles y sí a la revitalización de la lectura. Ese trabajo intelectual donde la imaginación personal e intransferible de cada lector atribuye a las palabras su propia existencia, “El libro es expresión de vida, de inteligencia. Los libros, las palabras nos enriquecen nos hacen más seres hu-

manos”. En este principio e ideario las bibliotecas y los bibliotecarios son activos que no cotizan en bolsa pero como señalara Mafalda, el entrañable personaje creado por el humorista gráfico Quino, “¿No sería maravilloso el mundo si las bibliotecas fueran más importantes que los bancos?”.

